

REVISTA DE LA FACULTAD DE MEDICINA

Volumen XIX,

Bogotá, marzo de 1951

Número 9

Director:

Profesor ALFREDO LUQUE B. Decano de la Facultad.

Jefe de Redacción: Doctor Rafael Carrizosa Argáez.

Comité de Redacción:

Prof. Alfonso Esguerra Gómez. Prof. Manuel José Luque. Prof Agr.
Gustavo Guerrero I.

Administrador: José R. Durán Porto

Dirección: Calle 10 N° 13-99 — Bogotá — Apartado Nacional N° 400

Talleres Editoriales de la Universidad Nacional.

DISCURSO

pronunciado por el Profesor Agregado José A. Jácome Valderrama con motivo
de la entrega de Diploma de Profesor Agregado.

Señor Ministro de Educación Nacional:

Señor Ministro de Higiene:

Señor Rector de la Universidad Nacional:

Señor Decano de la Facultad de Medicina:

Señores Profesores:

Colegas:

Damas y caballeros:

La vida debe entenderse y analizarse como función dinámica, si pretendemos darle su más alta interpretación. Dinamismo que habrá de traducirse unas veces como recibir y otras como dar; dinamismo que ha de hallarse disciplinado o bajo las normas de una organización, si pretendemos que rinda su máxima función creadora; dinamismo que es la base del progreso y del adelanto en las actividades humanas.

Y si enfocamos la vida desde el ángulo de la enseñanza —particularmente, de la enseñanza universitaria— más aún debemos contemplarla como una función dinámica y activa. Porque el permanecer al margen de los tiempos, llevando meramente una actividad vegetativa, aisla de todo factor de progreso o renovación, es algo que no debiera calificarse como cualidad inherente del sér humano inteligente y racional.

Nacer, crecer, reproducirse y morir —constituyen el ciclo habitual de la vida orgánica. Las plantas fructifican, a través de las semillas, crecen con verdor y hermosura, hasta florecer, para luégo morir al cabo de una época más o menos larga. Igual cosa sucede con el reino animal, yendo desde el protozoo unicelular, hasta las especies más elevadas, pero nunca vemos en ellos la sublimación de la función anímica, dada por el Creador solamente al hombre, quien en su órbita de actividades, puede reflejar su dinamismo para sí o para los demás.

La vida espiritual del hombre lo lleva a una esfera de superación e inconformidad, mediante sus actos de inteligencia y voluntad. Y si bien es cierto que muchos individuos carecen —o parecen carecer— de su capacidad creadora, entendida en su más noble acepción, permaneciendo al margen del progreso y llevando una vida de aislamiento y estancamiento, otros, que por fortuna son pléyade, van renovando sus conocimientos, acrecentando su criterio y estimulando el progreso, a través de su actividad inteligente y como penacho vertical que enarbolan su mente y su corazón.

Porque no entiendo la actividad del hombre, como su más noble aspiración, aquella de cultivar solamente su propio sér y su mente, dentro de un egoísmo aislado que sólo le permite mirar su propio yo con criterio un tanto narcisista. La actividad del hombre es tanto más bella y significativa, cuando además de educar su propio sér quiere reflejar esa cultura hacia sus semejantes, para dar generosamente todo aquello que pudo adquirir para sí mismo. Es entonces cuando el dinamismo del hombre se exalta y se acrecenta hasta llegar a los más altos niveles, pues olvidándose aún de sí mismo, desea ofrecer a sus semejantes, sin criterio de lucro, de reciprocidad o de ganancia, lo que pudo tener en su mundo interior, íntimo y callado. Es acaso así como puede interpretarse mejor aquella enseñanza Divina de "Amar al prójimo como a sí mismo", porque así se satisface en forma noble el concepto de igualdad entre los hombres.

De ahí que yo quiera exaltar en cierta forma nuestro arribo al profesorado de la Facultad de Medicina. Bien es verdad que algunos pudieron guardar el pensamiento egoísta de obtener una posición para

su única satisfacción personal, adquiriendo un escalafón más para el curriculum de su vida. Muy humano y además muy razonable, dentro del individualismo que rige nuestras relaciones en este medio áspero y esquivo en que vivimos. Pero yo quiero pensar que dentro de este grupo de Profesores Agregados, que llegan a la docencia universitaria en el día de hoy, a través de una trayectoria de luchas y dificultades, obteniendo paso a paso y en competencias difíciles, los peldaños necesarios para llegar hasta aquí, existe solamente el deseo de dar a las nuevas juventudes colombianas, lo que hemos adquirido en años de estudio y consagración.

Quienes recibimos hoy —a nombre de la República— el título de Profesores Agregados de la Facultad de Medicina, llegamos no con el orgullo de superhombres, que en realidad no somos y que no conduciría a nada distinto del fracaso, sino con el propósito noble de dar generosamente, de enseñar y compartir lo poco que sabemos, de entregar a las mentes abiertas de la juventud, la bandera de progreso que pretendemos hoy llevar en nuestras manos. Al ofrecer esa enseñanza con alegría y gozo, es claro confesar también que el gozo, la alegría y la satisfacción invaden nuestros corazones y ponen una luz en nuestras mentes, porque recibimos esos títulos de las manos nobles y limpias de quienes han sido nuestros maestros y de quienes nos han guiado con su ejemplo y su criterio. Maestros, que son los Profesores de la Universidad y también, en la lejanía del tiempo y del espacio, de aquellos maestros ignotos —desconocidos y discretos— nuestros padres, quienes en la intimidad del hogar modelaron los fundamentos de lo que hoy somos y pretendemos ser.

* *

La enseñanza médica, contempla factores difíciles y polimorfos. La ciencia progresa a pasos tan agigantados, que como ejemplo podríamos decir que la última década llena el progreso científico de todo un siglo. Por tal razón, es necesaria la celeridad en la adaptación a los nuevos métodos, la asimilación pronta de los nuevos principios, la disciplina ordenada y fiel, que permita balancear los fundamentos básicos de la ética cristiana, con las innovaciones del progreso científico. La enseñanza médica que comienza cuando el estudiante traspasa por vez primera las puertas de este viejo caserón y termina cuando se le entrega el título de Doctor en Medicina y Cirugía, debe tener como única meta, el producir buenos médicos. Médicos conscientes y sanos en su criterio y en su educación, que vean en la Facultad de Medicina el Alma Mater que los guíe y oriente, no solamente durante la enseñanza universitaria, sino también después de su graduación.

Alguna vez se me increpaba con acritud en una reunión gremial en que discutíamos problemas atañedores a la Facultad de Medicina, con qué derecho participaba en la discusión, si no era profesor, ni ejercía cargo alguno en su docencia. Era ese criterio exclusivista y extraño que quiso dársele alguna vez a la Facultad, cuando se creyó como feudo de unos pocos, con prescindencia de todos los demás. Yo contesté que tenía un título único, que consideraba como el mejor: el ser Doctor de esta Facultad. Porque creo que al recibirse un título de Universidad, se entra de hecho a formar parte de ella, por los lazos espirituales del cariño y la educación y —por qué no decirlo— de la gratitud. El buen médico, salido de estas aulas universitarias, debe sentirse vinculado a ellas de por vida, no como antes se pretendía y aún hoy quiere practicarse, de que una vez recibido el grado de Doctor, el individuo se independiza y mira los claustros donde estudió y aprendió el arte de ejercer la medicina, con desprecio, o al menos con indiferencia. El título de Profesores Agregados es el retorno a la vieja Facultad, que si lo interpretamos sentimentalmente, es lo mismo que el retorno del hijo que salió de la casa en busca de fortuna y nuevos horizontes y al regresar a ella, quiere mimar y venerar a sus padres y dar a ellos y a sus hermanos, cuanto adquirió en su ausencia y conquistó con su trabajo.

Por eso necesitamos promover un avasallador movimiento en torno a la Universidad y particularmente, la Facultad de Medicina; para que todos aquellos que han salido de ella la miren con respeto, la veneren como su Alma Mater educacional y encuentren en ella, el eco y el ambiente necesarios para sus ideales y proyectos.

No creo conveniente implantar en la Facultad de Medicina una determinada escuela científica, que por su exotismo o su simplicidad, no puedan adaptarse a nuestro medio. Necesitamos una escuela moderna, acorde con el progreso actual, y en lo que existe están las bases mejores para ello.

Siempre ha querido explicarse el aparente retraso de la actual Facultad de Medicina en los flacos presupuestos que la sostienen. Yo creo que más que crisis económica es crisis de organización la que nos aqueja. La organización se impone en esta época en que todo pretende sistematizarse y donde el progreso científico ha sido realizado a base de metodización y disciplina.

En la enseñanza médica, deben mantenerse paralelas la teoría y la clínica. Y dentro de las modernas tendencias, cuando más bien que enfermedades aisladas se aceptan afecciones de sistema, es indispensable reformar, o renovar, nuestra enseñanza, en forma tal que el

estudiantado no encuentre en determinadas materias temas en apariencia inútiles o sin importancia. Que materias básicas, como son la Histología, la Anatomía Patológica, la Hematología, la Bacteriología y la Parasitología, no se entiendan como elementos de laboratorio donde todo depende del tubo de ensayo o de la platina del microscopio, sino que se relacionen íntimamente con la clínica y la patología morbosa que atenta contra la integridad del individuo.

Talvez en esa forma se llegara a compenetrar mejor al estudiante con su profesión, quitándole todo criterio de especulación o lucro y haciéndole comprender mejor la magnitud y trascendencia de su papel en la sociedad y en el mundo, donde, como dijera Hipócrates, “es necesario curar algunas veces, aliviar en muchas ocasiones y consolar siempre”.

Talvez en esa forma, pudiéramos defender mejor al médico general, tan necesario en nuestro medio y tan indispensable en la hora que vivimos. Por un error de interpretación, se ha creído en los últimos tiempos, que para tener éxito en el ejercicio de la medicina y la cirugía, es indispensable ser especialista. De ahí que veamos cómo médicos recién salidos de la Facultad, se anuncian ya como especialistas noveles y si vamos a analizar la preparación de los tales, encontramos que han descuidado los fundamentos y las bases del médico general, para entregarse de lleno al estudio de un órgano determinado, causando por consiguiente el mayor perjuicio que pueden acarrear a su profesión, ya que la alegría de los fugaces éxitos del comienzo, habrá de ser ensombrecida por el fracaso posterior.

La especialización se justifica y se hace necesaria, pero en la forma que la aconsejaba algún viejo maestro, quien decía que para ser un buen especialista, es necesario haber sido antes un buen médico general.

Habré de repetir por lo tanto, que la teoría y la clínica —que es la práctica— deben ir paralelas en la enseñanza médica. Desde este punto de vista es necesario reconocer que el Hospital —lugar indispensable para la enseñanza clínica— ha sido olvidado en nuestro medio.

Lo ideal sería que la Facultad tuviera su propio hospital, dedicado exclusivamente a la enseñanza y a donde confluyeran solamente los casos indicados para tal fin. Pero ya que esto no es posible, considero indispensable que a los hospitales dedicados a la enseñanza en nuestro medio, se les dé toda la prelación y organización que necesitan para colocarlos a la altura de las modernas enseñanzas y dentro de un standard apropiado. Es difícil creer que Colombia tenga un hospital organizado de acuerdo con las normas aceptadas por la técnica hospita-

laria moderna. Es por ello que falla allí la enseñanza médica, puesto que se carece de elementos apropiados y muchas veces aún, de los indispensables para dar una siquiera aceptable atención médica a los pacientes. Porque en el hospital de enseñanza, no hay que mirar solamente el factor estudiante, sino también el factor paciente, de modo que si el uno tiene los elementos para acercarse al estudio de la clínica, y asomarse a los fenómenos de la fisiopatología, el otro encuentre los medios para la pronta recuperación de su salud.

Es de justicia que se medite a fondo sobre el problema hospitalario nacional, puesto que si bien es cierto que se ha llamado la atención sobre él en repetidas ocasiones, nunca se le ha querido o se le ha podido dar la solución que merece.

El problema hospitalario se relaciona íntimamente con el problema de la enseñanza médica, no solamente por las lecciones de clínica que allí puedan darse, sino porque en sus claustros habrá de prepararse el médico, antes de recibir su doctorado. El tiempo de Internado que debe exigírsele a un estudiante antes de titularlo como doctor en medicina, es indispensable para la cultura y la práctica médica del individuo y por tal razón, nunca insistiremos suficientemente, para que se le considere como requisito necesario para el grado.

La Medicatura Rural tal como está organizada en la actualidad, no puede ni podrá reemplazar jamás al Internado. Y antes bien, para poder realizarla con pleno éxito, debería exigirse previamente el tiempo de internado, que es cuando el médico nuevo halla la enseñanza práctica que necesita para su ejercicio profesional; donde forjará y ajustará las baterías de su terapéutica frente a la enfermedad. El estudiante que va a ejercer la medicatura rural antes de la práctica del internado, estará con grandes probabilidades de ir al fracaso y muy pocas de alcanzar el éxito. Se sentirá huérfano y desamparado en un campo de batalla que desconoce, sin el consejo de sus maestros ni el auxilio de sus compañeros.

Pero no quiero que se me interprete como enemigo de la medicina rural. Al contrario, considero que el ejercicio médico en provincia es el más tonificante y estimulante factor en la vida del médico. No solamente desde el punto de vista nacional debemos considerar como obligatorio ir a rendir una jornada patriótica en algún rincón de la provincia, en favor de nuestros conciudadanos, sino que me parece indispensable desde el punto de vista práctico, el que el médico joven vaya a librar su primera batalla contra la enfermedad en los frentes donde hay que librarla y no en el medio capitalino, muelle, blanco y almibarado, donde encontrará un ejercicio profesional, muy distinto

a la realidad humana de nuestros pueblos y veredas. Medicatura rural sí, pero a base de médicos y no de estudiantes disfrazados de médicos, que habrán de causar descrédito en nuestra profesión.

Aún mejor, el Internado Rural, debería ejercerse en aquellos sitios donde existiera un hospital de provincia que permita al médico hallar los elementos que ha aprendido a usar en la Universidad y enfocar el medio de provincia con mayor propiedad. Otra cosa es enfrentar al estudiante a la realidad, sin armas y sin medios de defensa; es engañar al pueblo con un profesional insuficientemente preparado para servirlo como lo merece; es favorecer la existencia de médicos improvisados, siendo entonces ellos el peor lastre para el progreso científico nacional.

Tenemos que luchar porque nuestros médicos sean los mejores; que los Hospitales de provincia y con tanta mayor razón los capitales, sean también los mejores, de tal modo que habiendo fábricas organizadas de ciencia y saber, haya también individuos probos, capaces, disciplinados y hábiles que no expongan a nuestra patria a importar la escoria médica de otros países y a relajar el noble ejercicio médico, que hoy, como ayer y como mañana, tiene derecho a ocupar los más altos niveles de ética y superación.

* *

Después de divagar sobre el amplio y apasionado tema de nuestra medicina y nuestra enseñanza médica, me pregunto: Qué vamos a ser los nuevos Profesores Agregados?

Cuenta un relato antiguo que en alguna ocasión, quiso engañar un discípulo díscolo a su viejo maestro, y presentándole una avecula aprisionada en su mano, le preguntó:

—Maestro, podrías decirme si está viva o muerta?

El pensaba para sí, porque pretendía engañarlo, que si el maestro le decía que estaba muerta, la dejaría volar libre de sus manos; y que si le respondía que estaba viva, la aprisionaría con mayor fuerza hasta matarla.

Pero el anciano era sabio y era docto, conocía la naturaleza y había dedicado al estudio y a la reflexión muchas noches de vela. Así, pues, respondió:

—Lo que tú quieras.

De igual manera, habremos de concluir que nosotros, los nuevos Profesores Agregados de la Facultad de Medicina, habremos de ser lo que queramos. Vamos a tener en nuestras manos la arcilla blanda y maleable de las mentes juveniles que servirán después a la patria;

vamos a forjar los nuevos criterios clínicos; a crear las personalidades de las promociones del futuro; a orientar sus sentimientos humanos por las rutas de la ética cristiana o del marxismo izquierdizante.

Grave responsabilidad la que vamos a tener, pues no es solamente atañedera a la formación puramente científica sino también a la del criterio de quienes mañana habrán de ser consejeros y depositarios de la confianza de las familias y hogares colombianos. Por eso este acto de entrega de las credenciales que nos identifican como Profesores de la Universidad Nacional, es a la vez un acto por medio del cual nos ofrendamos al servicio de la patria y nos comprometemos a dar de nosotros cuanto podamos, haciendo que nuestro esfuerzo traiga como resultado la formación de buenos médicos y ciudadanos, en quienes el cumplimiento del deber sea norma de sus vidas y el ejercicio de su profesión, un himno perenne de patriotismo y de fe en los destinos de Colombia.

El emblema del Colegio Americano de Cirujanos tiene una leyenda que siempre me ha impresionado y dice: "Nisi Dominus Posumus". —Sin Dios nada podemos—. Quiera El guiarnos en la misión que hoy iniciamos.

A nombre de mis compañeros de Profesorado y en el mío propio, quiero saludar a los viejos maestros, en quienes vemos la más noble expresión de nuestra cultura médica y el símbolo máximo de la docencia universitaria; ofrecer al Gobierno de Colombia y a las Directivas de la Universidad Nacional y de la Facultad de Medicina, nuestra perenne e indeclinable colaboración patriótica y presentar a las juventudes la inquebrantable decisión que tenemos de luchar por su engrandecimiento, ya que es en los hombres jóvenes de hoy y de mañana en quienes habrá de reposar el destino y el futuro de la patria.

Fuí quien menores méritos tenía en este grupo selecto de colegas, para ocupar esta tribuna académica en tan memorable ocasión; pero la bondad de mis compañeros quiso ver en mí —a través del claro cristal de la amistad— a quien teniendo fe en el porvenir de Colombia, cree habrá de ser de éxito y superación.

Hagamos patria grande, dedicados a cultivar las juventudes como artífices del bien y del saber.

He dicho.

José A. Jácome Valderrama